



Queridos hermanos, levantemos nuestros corazones para considerar los misterios divinos". Así se inicia la llamada "**Oratio adminitionis**" de la liturgia hispano-mozárabe, en este tercer domingo de Cuaresma, a fin de abrir a la asamblea celebrante a la gran plegaria de intercesión por todos los hombres y sus necesidades.

Es lo que necesitamos en este tercer domingo de Cuaresma: rumiar en nuestro interior el gran misterio de la **alianza** -al que se hace referencia en la lectura primera- que Dios desea establecer con todos ya desde la creación del mundo.

En la Última Cena Jesús se da a conocer como la Nueva Alianza al decir: *"Esta es mi Sangre de la Nueva Alianza, que es derramada por muchos para remisión de los pecados"* (Mt 26,28; Mr 14,24; Lc 22,20).

El gran estudioso de la Biblia y la liturgia Jean Daniélou, S.J. afirma: *"No debemos olvidar el hecho de que uno de los nombres de nuestro Señor en la cristiandad primitiva era el de 'Alianza', siguiendo el texto de Isaías: '...te he destinado para alianza del pueblo...' (Is 42,6)"*.

San Ireneo de Lyon, a finales del siglo II, afirmó que para entender *"el programa de Dios para la salvación de los hombres"* hemos de comprender *"las alianzas de Dios con ellos"* y *"el carácter especial de cada alianza"*.

A lo largo de la Biblia este **"doctor unitatis"**, así reconocido por el Papa Francisco recientemente, afirma que el Altísimo ha hecho seis alianzas importantes. A saber:

1. **Adán y Eva** (Gn 1,26 – 2,3): matrimonio.
2. **Noé y su familia** (Gn 9, 8-17): familia.

3. **Abraham y sus descendientes** (Gn12,1-3; 17,1-14; 22,16-18): tribu.

4. **Moisés y los israelitas** (Ex 19,5-6; 3,4-10; 6,7): nación santa.

5. **David y el reino de Israel** (2 S 7,8-19): Dinastía real.

6. **Jesús y la Iglesia** (Mt 26,28; 16,17-19): **una comunidad de vida y amor representada en la alianza nupcial que, según la Escritura, es un misterio de comunión.**

En la plegaria eucarística IV se afirma en clave orante:

"...Padre santo...Una y otra vez ofreciste tu alianza a los hombres y... al cumplirse la plenitud de los tiempos, nos enviaste como salvador a tu único Hijo..."

El Catecismo de la Iglesia Católica llama a Dios *"el Dios de la Alianza"* (nº 401) y lo describe como el Dios que *"sale al encuentro del hombre con sus alianzas"* (nº 309).



La alianza en su concepción bíblica no es un mero ejercicio de diplomacia; más bien es una gran *"profecía"* para los creyentes. Está llamada a ser una auténtica experiencia de compañía con Dios y, en consecuencia, con las personas de nuestro tiempo. Mientras que los acuerdos político-militares se construyen sobre compromisos e intereses comunes, sobre proyectos humanos y cálculos dados en el tiempo, en la bíblica se fundamenta en la voluntad de Dios de amar al hombre incondicional y eternamente, de ahí que sea contemplada como un matrimonio, fruto de un compromiso libre y amoroso que Jesús realizará en plenitud por medio de su ofrenda en la cruz.

La historia de la salvación es una aventura de amistad y lealtad, una redención vocacional de nuestro

propio destino de felicidad, una verdadera oración por Dios y por el futuro que nos tiene prometido.

El capítulo veinte del libro de Éxodo se puede releer como el momento en que Dios ayuda a Israel a comprender dónde está y cuál es la mejor manera de vivir la relación con Él. Este es el sentido de las **"Diez Palabras"** dadas a Moisés y que se proclaman en este domingo. Es la época del noviazgo, del mutuo conocimiento. Se encuentran en el desierto del Sinaí y se sienten como perdidos. No saben qué dirección tomar y, en lo que al Señor se refiere, están aprendiendo a conocerlo y relacionarse con Él.

A veces no confían, murmuran y el Señor no pocas veces se siente traicionado. En el proceso de mutuo conocimiento las palabras son camino de encuentro; te hablo porque reconozco que estás frente a mí. Es todo lo contrario al silencio indiferente. De ahí la importancia de prestar atención a lo que decimos, a lo que escuchamos.

Se trata de tener una actitud atenta del corazón, sabiendo lo que estamos haciendo, saboreando lo que estamos recibiendo y conscientes de estar en Su presencia. Todo un camino de transformación sencillo y continuo, pero muy práctico, para hacer de nuestro cuerpo, de nuestra vida, como lo fue el de Jesús, templo del Dios vivo. Lugar de encuentro. Vida que se transforma en gozosa alabanza y que, posteriormente, desciende como amor fraterno, precioso ungüento, hasta *"las franjas de su ornamento"* (133 [132],2). Hagamos nuestra la invitación que el Señor nos hace en la antifona de entrada de este día: *"Tengo los ojos puestos en el Señor"*. Si así lo hacemos es porque su mirada nos recrea y enamora (Sal 24 [25],15)





Orando en la escuela de los salmos

Un salmo para rumiar

Sal 18, 8. 9. 10. 11

L 8 **La ley del Señor es perfecta y es descanso del alma; el precepto del Señor es fiel e instruye a los ignorantes.**
 9 **Los mandatos del Señor son rectos y alegran el corazón; la norma del Señor es límpida y da luz a los ojos.**
 10 **El temor del Señor es puro y eternamente estable; los mandamientos del Señor son verdaderos y enteramente justos.**
 11 **Más preciosos que el oro, más que el oro fino; más dulces que la miel de un panal que destila.**

La gran certeza que recorre toda la historia bíblica es que **Dios quiere al hombre feliz**, y, para ello, nos da los medios: escuchar su Palabra. Un camino -el del diario vivir- que está señalizado, a fin de alertarnos de los posibles peligros que podamos encontrar porque *"la norma del Señor da luz a los ojos;"*.

Día a día, la Ley es nuestra maestra, nos enseña. La raíz de la palabra **"Torá"** en hebreo significa, ante todo, *"enseñar"*. *"La enseñanza del Señor es segura, hace sabio al simple"*.

La palabra *"simple"* no tiene un carácter peyorativo; no se refiere a *"los ingenuos"*, más bien hace referencia a *"los humildes"*; a los que aceptan humildemente ser

enseñados por Dios.

Un famoso comentarista judío medieval escribió: *"Así como el mundo se ilumina y vive gracias al calor del sol, de igual modo el alma no alcanza su plenitud de luz y de vida si no es a través de la Torá"*, porque la ley de Dios es una la palabra pura, radiante y eterna. Quien la recibe con alegría es como si degustara una miel de sabor inalcanzable.



Las Diez palabras, los Diez Mandamientos, es el lenguaje del enamoramiento que no conoce distancias sino sólo cercanía. Cuando estas palabras, dulces como la miel, tocan el corazón, los límites de la identidad se expanden y experimentamos una condición que es rara en la vida adulta: se pasa de un yo a un nosotros. Es una experiencia, nueva y conocida al mismo tiempo, desde el inicio de nuestras vidas.

En el primer año de vida que suele ser un año dedicado a la alegría. Cuanto más somos amados, más felices somos. Cuanto más felices somos, más amados somos y cualquier cosa que hagamos es fuente de aceptación y asombro, asombro y deleite a los ojos de quienes nos aman que en este caso es el Dios del cielo.

Es como cuando se está enamorado. Los ojos no tienen la misma luz que los ojos cotidianos, de los días laborables. Tienen una claridad diferente. Es la luz de la visibilidad. **Ojos que ven las cosas visibles e invisibles del otro.** Él nos sondea y nos conoce y nosotros quedamos admirados por lo que Él nos va descubriendo. *"Ves la Trinidad, si ves el amor"* afirmará san Agustín, y la Palabra escuchada, y que ha sido regalada en el **"hoy"** de nuestro vivir, es la que nos lo hace ver.

En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo Sancta Ovetensis

Domingo III de Cuaresma "B"



Un texto para guardar en la memoria del corazón

En aquellos días, pronunció las siguientes palabras: «Yo soy el Señor, tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de esclavitud. No tendrás otros dioses frente a mí... No te postrarás ante ellos, ni les darás culto... No pronunciarás el nombre del Señor, tu Dios, en falso... Recuerda el día del sábado para santificarlo... Honra a tu padre y a tu madre... No matarás. No cometerás adulterio. No robarás. No darás falso testimonio contra tu prójimo. No codiciarás los bienes de tu prójimo. No codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su esclavo, ni su esclava, ni su buey, ni su asno, ni nada que sea de tu prójimo».

Éxodo 20, 1-17.

Se acercaba la Pascua de los judíos y Jesús subió a Jerusalén. Y encontró en el templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas sentados; y, haciendo un azote de cordeles, los echó a todos del templo, y les dijo: «Quitad esto de aquí: no convirtáis en un mercado la casa de mi Padre».

Juan 2, 13-25